

Por haber sido Kurtze de aquellos extranjeros, vanguardia de civilización, que nos pusieron por primera vez en contacto con el adelantado europeo; por los numerosos y excelentes servicios que prestó al país en su calidad de Director General de Obras Públicas; por su apego a nuestro suelo, en el que fundó hogar y donde reposan sus restos; y por lo que intentó en bien de Costa Rica, adelantándose a los tiempos, es su memoria acreedora a vivir en nuestro respeto y en nuestra afección. De niño sentí en mi cabeza la mano acariciadora de don Francisco; de viejo, me es grato pagar aquel afecto siquiera con el óbolo de estas palabras y la presente traducción.

RICARDO JIMENEZ

Elogio del Dr. Durán

[*El discurso de D. Ricardo Fernández Guardia, Presidente del Ateneo de Costa Rica, también es pieza importante. Siendo él uno de nuestros historiadores, su palabra es voz de justicia y verdad; y está bien que enseñe a los jóvenes que una forma de hacer patria es mantener una tradición de gratitud y respeto por nuestros próceres, los vivos y los muertos*].

SEÑORAS Y SEÑORES:

Debo al Ateneo de Costa Rica la honra, muy grata para mí, de dirigiros la palabra en el homenaje que hoy tributamos a un compatriota esclarecido, que merece todo nuestro respeto y admiración por sus grandes méritos como hombre de ciencia eminente y ciudadano ejemplar.

El mejor elogio que a mi juicio puede hacerse del Dr. don Carlos Durán, es decir que en él se continúa la tradición de los buenos hijos de Costa Rica, de los virtuosos varones que sirvieron a la Patria con inteligencia, desinterés y probidad. Trabajador infatigable, se distingue desde niño por ese amor al estudio que ha llegado a ser en él un hábito inveterado; corona en Inglaterra sus cursos de medicina con un triunfo que le merece una medalla; regresa a Costa Rica para consagrarse a esa noble tarea que desde hace cuarenta y cuatro años desempeña, con el mismo ardor y devoción, en provecho de nuestra pobre humanidad doliente. Otros son los llamados a analizar, con la competencia que me falta, la labor científica

del Dr. Durán, labor fecunda y digna del mayor encomio, a la cual hace justicia en este acto solemne el Cuerpo Médico de Nicaragua. Tan sólo he de recordar que a su inteligente iniciativa debe Costa Rica notables progresos, entre otros la creación del Asilo Chapuí, y nadie ignora el empeño con que ha venido trabajando en el Sanatorio Carit, instituciones ambas que favorecen en primer término a los desvalidos.

Al tratar de la personalidad del Dr. Durán, no es posible divorciar al hombre de ciencia del hombre público, sin que el retrato resulte incompleto; y a riesgo de poner a dura prueba la modestia sincera que lo caracteriza, he de referirme también a sus virtudes cívicas. He dicho ya que el Dr. Durán es un ciudadano ejemplar y ahora lo repito con profunda convicción de ser intérprete fiel del unánime sentir de los costarricenses. No ha sido nunca un político en el sentido que generalmente se le da a esta palabra. El Dr. Durán ha intervenido, es verdad, en el gobierno del país y en las luchas electorales; pero lo ha hecho siempre obligado y sólo por cumplir con un deber.

Después de su paso muy breve por una Secretaría de Estado durante la administración de Soto, fué llamado al ejercicio de la Presidencia de la República el 7 de Noviembre de 1889. Unicamente los que fuimos testigos de los acontecimientos dolorosos que lo trajeron al poder, estamos en condiciones de apreciar en su justo valor el sacrificio del Dr. Durán en aquella noche aciaga.

Nos hallábamos al borde de un abismo, las pasiones no tenían freno, la sangre había corrido ya, en los dos bandos encarnizados figuraban parientes y amigos del nuevo mandatario. En trance tan difícil y peligroso, fué cuando se reveló el gran patriota, el verdadero hombre de Estado que haora conocemos

todos. Con energía y prudencia admirables, el Dr. Durán supo restablecer el orden, amparar a los vencidos, reprimir a los vencedores y pronto volvió a gozar el país del régimen patriarcal que nos legaron los antepasados. El gobierno del Dr. Durán se cita hoy, con sobrada justicia, como un modelo de respeto a la ley y a la libertad, de honradez acrisolada.

Los sucesos de 1913 y 1914 son tan recientes que sobre ellos me bastará decir lo que es bien sabido en Costa Rica: que el Dr. Durán aceptó a la fuerza ser candidato a la primera magistratura de la República, con la esperanza de salvar al país de la catástrofe que se preveía, y que del pozo de fango en que las ambiciones desenfrenadas sumieron la contienda política de esa época nefanda, el Dr. Durán salió immaculado, con la frente erguida, la conciencia tranquila y las manos limpias, tal como lo veis ahora y se le ha visto siempre.

Este es el hombre, ligeramente esbozado, a quien hemos venido a honrar aquí por iniciativa de una ilustre corporación de la hermana República de Nicaragua. Con este acto que la analtece, ha querido expresar un noble sentimiento que los costarricenses interpretamos, no sólo como un homenaje tributado al saber profundo de un médico insigne, sino también como una prueba fehaciente de fraternidad centroamericana.

El Ateneo de Costa Rica, al asociarse en espíritu y en cuerpo a esta hermosa fiesta, se complace en manifestar al Dr. Durán cuán grande es la admiración que siente por su labor intelectual y moral, y se inclina respetuoso ante el ciudadano integérrimo, a quien se ha visto siempre caminando con paso firme por el sendero del bien y del honor.

Un discurso

[*Juzgamos memorables y ejemplares para nuestra juventud las palabras dichas por el Dr. Durán en la noche del 21 de mayo anterior en el Teatro América, con motivo de la medalla y del diploma con que lo ha honrado y distinguido el Cuerpo Médico de Nicaragua. Son dignas de figurar en el ejemplario por hacerse de nuestros hombres ilustres. Por ello, LA OBRA las recoge con gusto y las entrega a sus lectores*].

SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,

SEÑORAS Y CABALLEROS:

¿Cuál sería la palabra más elocuente para expresar el sentimiento de profunda gratitud que experimento por esta solemne y brillante manifestación de simpatía?—Yo no sé.—Abrumado me presento ante vosotros, porque una voz interior me advierte que no tengo merecimientos que justifiquen esta muy alta distinción que ha tenido a bien concederme el Cuerpo médico Nicaragüense y la muestra tan significativa de benévolo afecto, de que dan testimonio mis conciudadanos y selectos representantes de las colonias extranjeras, al asociarse esta noche al homenaje de Nicaragua.

Bien es cierto que llevo la corona de plata de la ancianidad sobre mi cabeza y que el tributo de simpatías que recogemos los que hemos tenido la dicha de llegar a una avanzada edad es, en parte al menos, justa compensación de las glorias olvidadas y de los méritos discutidos de los

que luchan en la mitad de la jornada o de los que murieron sin el privilegio de llegar al ocaso de la vida.

Pero soy un viejo que tiene fe en los ideales de su juventud. En mi vida ha brillado perennemente, como una estrella fija, el culto de la ciencia y hasta que llegue la hora de cerrarse mis ojos para siempre, sus fulgores atraerán de preferencia mis pensamientos.

Desde muy temprano comprendí que la medicina era mi sincera vocación y si bien ella es una carrera lucrativa y si procura afanosas ocupaciones, que absorben la vida de un hombre, por encima de todo, la he visto como un sacerdocio y como un terreno fecundo en investigaciones laboriosas que logran transformarla, como sucedió en la era feliz para la humanidad, en que se presenciaron los vuelos del maravilloso genio de Pasteur, y hoy como ayer, cuando adolescente acudía ávido de saber a los laboratorios y a los anfiteatros y bibliotecas, me atrae el libro nuevo, la experiencia reciente, el ejemplo que me da un maestro o un colega, la adivinación que sorprende en los labios de una madre, o las comprobaciones fatales de que la naturaleza castiga a los que han violado sus leyes.

Considero que en nuestra profesión sería un yerro imperdonable no dejar el campo a los más aptos, a los que tienen el deseo y entusiasmo para el estudio incesante que ella exige, en el libro y en el hombre, pues lo que sería en otras carreras lastimoso, en la nuestra constituye delito de lesa-humanidad.—El secreto de la medicina como el de todas las ciencias y las artes, como el de la misma religión es semejante y harto lo sabemos, señores: es consagrarse a su exclusivo servicio, sin infidelidades ni flaqueza de ánimo.—Todos mis trabajos, aun los que no parecieran poseer ni remoto parentesco en mi carrera, tienen esta significación.

La política, que para unos es ciencia profunda, en que

entra la legislación, la estadística, las finanzas, que para otros es arte que apasiona, con sus mil complicaciones y sutilezas, sus emboscadas y sus batallas, para mí ya lo dijo, con una frase lapidaria, el señor Fernández Guardia, no ha sido otra cosa que el cumplimiento de un deber.—He sido llamado y en cierta ocasión cuando el Cuerpo Social tenía signos de aguda fiebre y naturalmente, sin vacilar, ocupé mi puesto de trabajo o de combate, tratando de prestar mi contingente de observación para el diagnóstico y dando ejemplo de esa calma imperturbable de que disfrutamos, los hombres acostumbrados a operar en carne viva y palpitante, cuando la dura realidad así lo exige.

En esto, he seguido las tradiciones que el pasado de Costa Rica me ofrecía, porque en nuestra historia algunos médicos han dejado trazas de esfuerzos meritorios en la cosa pública y la enseñanza, la higiene, las relaciones exteriores y por encima de todo, la libertad, el bien más apetecido e indispensable para la democracia, recibieron vigoroso impulso de las manos de esos colegas desaparecidos.—Y ¿cómo un centroamericano dejaría de recordar al médico eminente que asistió y contribuyó con sus luces y su moderación, en aquellos tiempos heroicos de los Próceres, a los primeros pasos de la República, después de la Independencia?

Conocernos y estimarnos, hacer propaganda de afecto entre los contemporáneos, unir con lazos de flores el pasado y el porvenir, he aquí algo levantado y patriótico.—Permitidme que diga, con el sello de lealtad que acostumbro dar a mis palabras, que había considerado irrealizable el problema de la Unión Centroamericana y que juzgo como muchos Costarricenses que la primitiva federación no dejó experiencias alentadoras, pero el mundo está en víspera de radicales transformaciones e indudablemente enlazar estos pueblos, de semejante estirpe, vecinos en la naturaleza,

solidarios en sus destinos y bucar por este medio la claves de una política pacífica y sensata, es un ideal digno de preocupar a los pensadores, pero eso sí, a condición de que sea nuestra libre voluntad, nuestra deliberación, fundada en cariños e intereses recíprocos, la base de la unión, que se vislumbra en el horizonte.

Fiestas como la de esta noche, son una prenda de que nuestros procedimientos se transforman. Su más alta significación es la del afecto de pueblo a pueblo y el Doctor Espinosa, con su verbo elocuente ha sabido caracterizarlo. La Facultad Médica de Nicaragua accede gustosa al gesto con que él pensó corresponder a nuestra franca hospitalidad y esa Facultad integrada por devotos trabajadores, algunos eminentes, ya como Catedráticos, ya como practicantes, a pesar de las congojas de la hora presente, ha querido honrar, no a mí, señores, sino a Costa Rica, a nuestro Cuerpo Médico, que tan dignamente ha presidido y preside el ilustrado Doctor Rojas y en el cual han figurado siempre facultativos Centroamericanos y extranjeros, que estimulan a los nuestros con su ejemplo.

Sean pues mis últimas y fervorosas palabras para mis colegas, a quienes tantas distinciones tengo que agradecer.—Para vosotros acepto este diploma y esta medalla de oro, porque siendo así, no considero desmedido el honor.—Para mis antiguos compañeros y para los jóvenes, activos, ilustrados, conscientes de sus deberes, que enaltecen con su conducta la sociedad y la Patria, para todos nuestros sucesores, ávidos de fama legítima, para quienes no es el lucro, ni el poder, ni el bienestar, el móvil supremo de la vida, sino la palma ideal, el laurel resplandeciente, como el que me habéis generosamente brindado en esta velada inolvidable.

He dicho.

Objetividad de la ciencia

En la ciencia las doctrinas son como los jardines de Adonis: en un mismo día se abren y se mueren las flores. Desconcierta, por eso, la adusta severidad de quienes sin la autoridad que confiere la obra creada, alzan flacos sarmientos en actitud conminatoria para hablar de la ciencia, y de las conclusiones científicas, y de las investigaciones científicas, y de preparación científica, y de laboratorios, y de experimentos, y de métodos científicos, como si todos esos falsos andamiajes fuesen el más importante objetivo de las energías humanas; como si la civilización, en lo que tiene de más puro y delicado al mismo tiempo que de más profundo no se hallase precisamente al lado de ese novísimo grimorio para embrujar pedantes.

Bella la tolerancia de los robustos hombres de ciencia que a fuerza de investigar personalmente han concluido por averiguar para sí mismos que la demostración de una verdad requiere un 99 por ciento de paciencia y un uno por ciento de genio; y que es este grano de genio el que descubre las bellezas y las verdades en la divina maravilla del Universo. Pero que es inútil toda aquella paciencia detrás del mostrador del laboratorio sin el venturoso gránulo de genio, que es el único que encuentra la recóndita semejanza entre el movimiento de una galileica lámpara y el isocronismo del péndulo, entre la supuesta newtónica manzana que cae y la luna que se mantiene en equilibrio. Y cuando nada pequeño ni nada grande se ha hecho por la ciencia debería mostrarse el hombre que desea ser respetado, siquiera por su amor a ella, menos agresivo y contumaz que los que aquí sacuden vanamente sus férulas en nombre de la ciencia.

En pleno período büchneriano bien estaba afirmar la ob-

jetividad de la ciencia, ya como un hecho incontestable ya como una aspiración de los investigadores que entonces se inspiraban en un positivismo reaccionario contra una metafísica omnipenetrante y señora de todo el pensamiento filosófico y científico de la época de Kant y Hegel; mas no en nuestra época, cuando la filosofía más comprensiva y la ciencia mejor orientada reclaman para el pensamiento del hombre la totalidad de la obra científica. En ciencias, fuera del pensamiento nada existe. La objetividad es una tremenda y peligrosa ilusión de los rezagados de la ciencia que entre nosotros pretenden ejercer jurisdicción de cientifismo. Tremenda y peligrosa ilusión a causa de la plasticidad de cierta juventud que ignora que jamás sacará fuerzas y genio de otra fuente que de sí misma. Establecer la objetividad de la ciencia es tan absurdo como afirmar la objetividad de un pensamiento sin la existencia de un pensador. ¿Qué es, qué puede ser la ciencia sin ese mismo pensador que la crea o que la rehace, o que simplemente la repite? Vale tanto como hablar de la objetividad de la filosofía. Se argüirá que sí se habla de la objetividad de la poesía, pero esto tampoco lo dicen ya sino los otros retardatarios de las letras que continúan repitiendo las antiguas clasificaciones de mero valor externo.

Ciertamente que sorprende que quienes aquí se han vestido la capa pluvial para pontificar en ciencias desconozcan tan radicalmente la verdadera situación de los hombres de ciencia que la hacen progresar. Toda ciencia depende de las sensaciones y toda sensación depende de la estructura terminal de los nervios y de la mente del investigador. ¡Y se atreven a llamar objetiva la ciencia construida con semejantes materiales! Y no hay ni habrá jamás otros materiales, salvo que se acepte la posibilidad del desarrollo de los sentidos trascendentes en el hombre, como resultado de su propia evolución superior. Y por otra parte, ciencia que se hace con los solos sentidos—como lo pretenden aquí los caricaturistas de la ciencia—necesariamente se condena

a ser una aproximativa descripción de fenómenos, ciencia entonces miserable para dar satisfacción a las grandes ansias de verdadero conocimiento que inquietan al hombre. Esta inteligencia que en nosotros alumbra exige, para nutrir su hoguera, las explicaciones de los fenómenos del Universo, y nuestros sentidos son simplemente sudras, parias de su alteza real la Mente; nada saben de la explicación de las cosas: se limitan a dar un dudoso testimonio de la presencia de ellas en el mundo. Y estos parias son míopes; tan sólo distinguen casos, hechos, fenómenos singulares; es la mente la que posee el poder de generalizar, es ella la que descubre las semejanzas en las más diversas cosas para construir con aquellas las leyes, también aproximativas y nunca definitivas, como aquí creen y quieren hacer creer los de la capa pluvial que pontifican en ciencias. Las construcciones de la ciencia son todas de armadura de pensamiento. Y nos parecen exactas y verdaderas a causa de la ilusión que en nosotros produce la expresión verbal de que nos servimos para transmitir nuestros conocimientos a los demás. Y las llamadas leyes experimentales son asimismo aproximativas tan sólo y si se les presta más tarde la coloración de absoluta exactitud con que nos las presentan los verdaderos y los falsos representantes de la ciencia es porque por un artificio de expresión verbal se les impone la severa toga de los principios. Las leyes, los principios son verdades experimentales meramente aproximativas. Su valor es de relatividad. Tales leyes y teorías son provisionales y perecederas: ya se ha discutido con éxito la exactitud de las leyes de Keplero! Y en la hora presente ninguno de los principios está seguro de haber alcanzado una definitiva estabilidad. Si todo ello hubiera sido objetivo habría conservado a salvo su existencia. Pero no! Todo eso ha vivido únicamente en la mente de los hombres como un mero reflejo aproximativo de las cosas que se ha tratado de explicar. El progreso de la ciencia es continuo, pero se requiere ignara osadía para juzgar que las actuales

conclusiones—y ese actuales para los pontífices costarricenses trae implícito un retraso de treinta años—son ya las verdades definitivas de la ciencia y que deben imponerse a la mente como proposiciones sin apelación posible.

“Cuando una teoría científica pretende enseñarnos lo que es el calor o la electricidad o la vida está condenada de antemano; todo lo que puede darnos no es más que una imagen grosera. Esta teoría es, pues, provisional y caduca”—nos dice Poincaré, con la autoridad del verdadero investigador que honró puesto de preeminencia entre los sabios de Europa—“Aun cabe preguntarse si las aproximaciones de hoy serán confirmadas por la ciencia de mañana”—agrega—“pero esta es una cuestión de hecho y la ciencia ha vivido bastante para que interrogando su historia se pueda saber si los edificios que levanta resisten a la acción del tiempo o si no son más que construcciones efímeras.”

Ante el flujo lento y perpetuo de las cosas las leyes formuladas para lo permanente jamás se ajustarán a la móvil realidad de aquellas cosas y sólo serán aproximativas, con aproximación que deberá revisarse periódicamente en el mejor de los casos, porque en los más lo que ocurre es una total transformación de los principios enunciados con el sagrado carácter de inmutables.

La objetividad de la ciencia no sólo no existe, sino que ni siquiera es posible. El hombre es el supremo creador y conservador y transformador de la ciencia. Fuera de su mente la ciencia posee la misma objetividad que los engañosos ensueños.

ROBERTO BRENES MESEN

Libro de instrucciones
relativas al desarrollo de los nuevos
Programas de Educación Primaria

por Omar Dengo

CAPITULO I

EDUCACIÓN MORAL

(Viene de la pag. 124).

En efecto, no expresa solamente la idea de que debe ser dirigida la atención del alumno a la formación del hábito, sino, además, la de que ha de sentir, comprender, la necesidad de ejercitarlo, de adquirirlo. Las dos primeras condiciones de toda lección de habituación quedan así expuestas: *Interesar a los niños activa, profundamente, en la adquisición del hábito. Darles un conocimiento claro, explícito, completo, de lo que deben hacer con tal fin.* Pero cuando decimos interesar no significamos "entretener", sino motivar la instrucción, motivar el adiestramiento. Noción que incorpora la del aprovechamiento de los hábitos ya adquiridos, de las tendencias del niño, pero que no subordina el trabajo del maestro a la sola influencia de esos recursos. Que, al contrario, aspira a suministrarle una nueva, cada vez más activa razón de ser. "Idealmente,—expresa Strayer,— las lecciones de habituación existen en verdad cuando

los niños comprueban que su futuro progreso está condicionado por la formación de los hábitos en que se les ejercita”.

A propósito de la motivación, en un trabajo no publicado (1), decimos:

“Cuando por virtud de alguna circunstancia interesan al niño, más o menos intensamente las labores escolares, no incitan, en cambio, su actividad, no la ejercitan, en las condiciones de necesidad en que la vida, momento tras momento, demanda actitudes, resoluciones, esfuerzos, etc. Y el valor inmediato de ella, viene a estar determinado por las responsabilidades nacidas de la actuación individual, complejas y crecientes en la medida de la acción colectiva que implican. Lo que permite asentar que la adquisición del conocimiento excluyente de la responsabilidad entrañada en la aplicación real, directa, necesaria del mismo, quizá no cuenta como educación. El problema de motivar la instrucción, tiende a ser, así, el de dotarla de capacidad educativa”.

En otra parte del mismo trabajo decimos:

“La más importante afirmación de Strayer acerca de esa pregunta (2) establece que los estímulos subyacentes en la relación entre maestros y alumnos, presentan un carácter esencialmente individualista. Y es verdad; el niño sabe, siente, que el propósito directivo de la lección se inclina a satisfacer al maestro. La única justificación de su trabajo, de toda su actividad de alumno, cuando alguna encuentra, encuéntrala en el maestro; en la autoridad de éste. Es la relación del niño con el mundo,—

(1) *La Socialización de las lecciones*. Enero, 1918.

(2) ¿Cuál debe ser la relación entre alumnos y maestros?

con la naturaleza, con el hombre, con la civilización,— casi sólo por mediación del maestro; y lo que es mucho más grave: el contacto del niño consigo mismo, también por mediación del maestro.

“Todo el pensamiento adverso al *magister dixit* subsiste en la lucha contra esta trasmutación del mismo espíritu. Sólo han variado, y no tanto como pudiera parecer, los medios de ejercicio de la autoridad del maestro. Demás de que éste al requerir la actividad del alumno, apela constantemente a incentivos de un carácter individualista. Puede ocurrir y a las veces acontece que el alumno razone y acepte la justificación del esfuerzo que se le pide. Pero ello no liberta a la justificación de ser artificiosa y en lo tanto infecunda, si emana de las convencionales necesidades de la escuela; no de las vitales del niño. Como lo es cuando invoca móviles inavenibles con los de la espontánea acción del niño, ya que así conspira a la integración de normas de conducta que no se corresponden con las dirigentes de la actividad y de los más altos designios del esfuerzo humano. Sin la experiencia del motivo, no es hacedero que el niño obtenga la experiencia del propósito. Es decir, sin la asistencia del niño, con la totalidad de sus fuerzas, a la labor de su educación, ésta no logra transformarse en autoeducación. Sea decir, que no es posible”.

En otra parte del citado trabajo decimos:

“El problema de proveer a la motivación real de la instrucción, queda dicho que, en lo hondo, se confunde con el de educar. Falta el dato primordial en el planteamiento de ese problema: el niño, el hombre. Todo el empeño acumulado por los psicólogos del siglo XIX en la conquista de un conjunto de principios al servicio de la pedagogía, con-

tiene el afán con que la escuela ha buscado la consecución de aquel dato. Una más prudente posición de espíritu de parte de los maestros, convertiría a la escuela en el mejor de los laboratorios que trabajan por descubrir el secreto del niño. La libertad del niño, desde antiguo preconizada, marcaría los límites de la supuesta posición. Libertad intelectual, de preferencia; a fin de que al cobrar dueñanza la mente de sí misma, suscite la acción de todos sus más ricos recursos. Porque fecundándose éstos, en la experiencia de su sentido y de sus posibilidades, refluye su vigor sobre una conciencia de la vida, progresivamente comprensiva y penetrante. La escuela se acercaría siguiendo ese rumbo, al hombre, por mucho que continuase ignorando la definición de su conciencia. Motivar es libertar. Libertad es educar.

“Libertar al niño, sujetándolo a sí mismo, a la íntegra expresión de su ser, sería abrir el recinto de la escuela, a la sagrada presencia del hombre. Tal la ansiedad de un nuevo realismo pedagógico, no ceñido a la existencia del concepto, sino en cinta de la acción, síntesis en el hombre de la pródiga voluntad de la vida”.

La cuestión de que el niño *sepa qué debe hacer* la presenta Strayer en las siguientes palabras:

“Parece superfluo llamar la atención hacia el hecho de que cada niño debe tener una idea clara de lo que va a hacer, antes de comenzar el trabajo de ejercitación; pero sucede a menudo que el maestro lo da por sabido. Los niños vacilan y fracasan, o no hacen nada, simplemente porque ignoran de qué se trata. Creerfase imposible que a un grupo de niños se le pidiese la memorización de algo que no han comprendido; y sin embargo, es lo que ocurre, pues las posteriores interpretaciones de

los niños nos advierten de su incomprensión”.

No es lo corriente que el maestro aplique con el acierto que dan los conocimientos los principios de formación de hábitos. Los ejercicios de lectura mecánica, las revisiones aritméticas, las lecciones de caligrafía, por ejemplo, de ordinario fatigan y fastidian al niño. Al punto de que generalmente, a más de carecer de objeto, significan una amenaza a la salud del niño y un serio obstáculo para su educación. En muy repetidas ocasiones oímos decir al maestro, a veces presunta autoridad en nuestra enseñanza: “*Mañana a tal hora, no tengo nada que hacer*”, o, “*para mañana no tengo que preparar clase*”. Y agregar como explicación: “*me toca repaso de aritmética*”, o caligrafía o ejercicios de lectura.

(*Seguirá*)

Notas

Nos refieren que uno de los Profesores de Literatura de nuestros colegios preguntó, entre sorprendido y burlón, a sus alumnos, qué era eso de Literatura Infantil, ramo que se registra en el Plan de Estudios normales de este país desde hace como diez años. A tal Profesor le parece que el estudio de la Literatura Infantil es invención de por acá. Y en esto sí que en parte no desacierta, porque no sabemos de otra Escuela Normal hispano-americana que registre en su Plan de Estudios uno cuidadoso de la literatura apropiada para los niños. Como tampoco se habla en otras Escuelas Normales de la Extensión Escolar, la Administración Escolar y la Sociología Educativa, pero como hacen tales estudios los yanquis, se entiende. Como se ve, lo que sorprende al Sr. Profesor susodicho es simplemente un progreso, una ventaja de nuestros estudios normales. Por el momento, para que comience a estudiar, le recomendamos al Sr. Profesor de Literatura de uno de nuestros colegios la siguiente obra de H. N. Van Kalken: *Quelques pages sur la Littérature Enfantine Allemande, Française et Anglaise*. Bruselas, 1913.

Y conste que Van Kalken es, ni más ni menos, que un Profesor Honorario de las Escuelas Normales de Bruselas.

Nuestro amigo D. Moisés Vincenzi ha recibido de don Alberto Masferrer la siguiente carta:

19 de abril, 1918

Sr. Dn. M. Vincenzi

San José de Costa Rica.

Muy señor mío:

Doy a usted mil gracias por el obsequio de su interesante estudio sobre "Roberto Brenes Mesén y sus obras".

Lo estoy leyendo no sólo con atención sino con cariño, pues me complace grandemente viendo que un centroamericano sea capaz de una labor tan seria como la de Brenes Mesén.

El y García Monge son dos hombres que honran mucho a su país y de quienes podría estar muy contenta cualquiera nación de habla castellana.

En cuanto a usted, nos presta un servicio valioso, revelándonos a noso-

tros mismos, tan desatentos, de cuánto somos capaces. Y otro: elevar la crítica a la categoría de ciencia.—Su muy atto. *A. Masferrer*

A PROPÓSITO DE LAS "MEDITACIONES" DE N. PACHECO

Pocas páginas, escritas en el país, hemos leído en las últimas horas, tan gratas a la reflexión como las de este adolescente, generosamente preocupado

Como a tantos otros, muévelo la pródiga inquietud de coronar de rosas la propia cruz; mas su esfuerzo se inclina a permanecer bajo la luz del impulso genitor, tras de resistencia cuyo silencio, por ser heroico, es su gloria. En tanto que el esfuerzo de los más, muchedumbres al cabo, suele deformar la originaria virtud, en una desgarradora subordinación del poder creador a las más externas necesidades del ser. Por lo que el trabajo de este adolescente inicia y augura el dominio de la obra capaz de infundir vida.

Parécenos advertir en estas páginas la presencia de alguno de los estados en que Shelley reconocía la proximidad de una intensa aprehensión de la Vida. Artista o pensador, su obra dará verdad y dará belleza, en la medida en que se identifiquen los designios de su espíritu y la expresión de su pensamiento.

Pertenece a la generación intelectual que, en nuestro concepto, más vale en el país. A la de los pocos jóvenes que aman una obra con el profundo amor que arraiga en la comprensión de que la obra fundamental es la propia vida. No va, pues, este adolescente en busca de la toga del políptico; no tras la gloriola del versificador. Va hacia su corazón,—el apacible refugio donde, por sobre el dolor y el mal, la gloria y la vida se confunden.... *Omar Dongo*

Por falta de espacio hemos dejado de publicar en este número unas notas del Sr. Brenes Mesén sobre los trabajos recientes de los jóvenes H. Peralta, N. Pacheco y Octavio Jiménez; un trabajo científico de D. Clodomiro Picado T.; un cuento de D. Salvador Umaña y una hermosa poesía de D. A. García Solano.—Discúlpenos.

Dos juicios

acerca de "Las Coccinelas del rosal".

San José, 27 de mayo de 1918.

Estimado Octavio:

Agradezco el honor que me ha hecho al obsequiarme su libro, y me complazco en responder a su dedicatoria con mi sentimiento de altísima estima. He leído su librito y la impresión que me deja es ésta: me encanta Canducha; se acerca en algunos valores a éste la Belga vieja. El primero es, sin embargo, realmente una pieza impresionante. Se vive allí una vida de hombre, con ese horrible juego de alegría y dolor, de comedia y de tragedia sangrienta que es la existencia de cada uno de nosotros. Ud. ha encontrado un motivo precioso para halagarse en la contemplación de su noble teoría de la vida interior, de esa especie de resplandor sagrado que hay en el fondo del ser humano, y el cual, irradiando desde dentro ilumina inefablemente nuestro destino y embellece las horrendas fealdades externas del hombre. Esto lo sentí yo por primera vez en Víctor Hugo, cuyas creaciones horribles de Quasimodo y del Hombre que ríe son, por dentro, universos iluminados por estrellas maravillosas.

No debe tomar Ud. en calidad de censura esto que no pasa de ser una sencilla observación: en los otros trabajos hay mucho de declamativo, lo cual quita naturalidad a las cosas en las cuales se comprende que Ud. la ha buscado con insistencia. La declamación pertenece a un período de proceso que rige la formación del espíritu de un escritor cuando se despierta a las fascinaciones de lo grande, cuya admiración le está reservada. No es un defecto—siempre que se respeten ciertas limitaciones—pero en la obra literaria no

LA OBRA 1-7.

deja de ser un inconveniente. Presumo que Canducha es posterior a otras de las obras que la acompañan; para mí representa una perfección de todos sus esfuerzos, tanto en lo profundo de su sentido filosófico como en los detalles literarios. Señalo como un párrafo elocuente, de una elocuencia natural y pronta—el de la página sesenta y cuatro, que comienza: “Todo mi pensamiento.....”

Esto no quiere decir que desconozca las bellezas espirituales de que son ricas las otras páginas. Es ya muy precioso en Ud. su inteligencia íntima y comprensiva con la Naturaleza, lo cual le ha permitido poner en la puerta de su templo la frase soberana de Emerson, pues lo sagrado de la vida se agita en la sustancia de todas sus selectas creaciones de arte.

Pongo su libro sobre mi corazón, porque hay partes en él que provocan vibraciones en las arpas de mi alma: me han emocionado en verdad algunas de sus lindas evocaciones de niño, las que hay en Canducha y en Los Grillos de Pilar. En medio de las ruinas de nuestra existencia terrena nos queda la dicha de haber vivido, al menos, una hora sagrada: la de nuestra infancia. Y si en todos hay como el instinto de rememorar con melancólica delicia el pasado infantil, en el artista es signo de elevación y de elección no sólo el saber reconstruirla sino el poder proyectarla como un ideal. Renán será siempre para mí, un escritor predilecto, por el dón admirable con que teje los días amables de su infancia mística.

Por el honor que me hace y por las alegrías que me ha procurado, doy a Ud. mis más sinceros agradecimientos y quieran los cielos bendecirle el alma con mayores virtudes, tan digna ella de Interpretar los secretos espléndidos del hombre y de su Naturaleza.

Su afmo. amigo,

RÓMULO TOVAR

Sr. Don Octavio Jiménez.

Pte.

Lleva su autor el hermoso caracol de un alma devota, en cuyos repliegues íntimos cayó un rayo de la luz emersoniana, hoy ya descompuesta en sus nácares de esplendor propio. Todos los caminos de la tierra son para él recónditos y bellos senderos por donde fluyen elíseos rumores y armonías y coloraciones del interior del alma; ya no se extravía en las afueras de la vida. Es apacible y sereno; pasa contemplando hacia adentro todas las cosas de la Naturaleza que los hombres buscan en los campos y las playas, porque sabe ya que todas las cosas nacen primero en el alma antes de embriagarse en las luces del mundo.

Su belga vieja es profesora o cocinera, que a todo da dignidad el superior propósito de la vida con cuyo contacto se trasfigura el universo. La imaginación embellece todas las ocupaciones humanas: un Ganimedes sirve el vino y forja Vulcano en su fragua la armadura de Aquiles. El ejemplo de su belga afirma que ninguna actividad es en sí misma inoble. Ni envejece su Catalina: cuando es una misma la visión de juventud que se lleva dentro de nosotros, el arado de los años trabaja sólo en la superficie de nuestra piel. Su Catalina enseña que Dios ha hecho efímeras las flores para poner de realce la feliz inmortalidad de la simiente. Más aún, que las Ciencias Naturales son un ramo de la divina filosofía de la vida; que la renovación es la ley de toda juventud y de toda eternidad.

¡Quién no lleva consigo el sonoro recinto donde una eterna cigarra canta! Como símbolo fué amada de los helenos y la cantó Anacreonte. ¡Y canta el macho y la hembra carece de oídos! ¡Cuán bella lección de Ciencias Naturales como ramo integrante de la divina filosofía de la vida que así satiriza tanta ciencia de los hombres! Nada le importa a Catalina el aplauso de los comensales: las cosas bellas se hacen por el divino deleite de hacerlas, sin importar la com-

preñión, ni menos el aplauso de todos los comensales de la vida. Ella, en su locura, oye la armonía de la cigarra, como la oyó el poeta de las odas al amor y al vino: los profesores cuerdos sólo escuchan el desapacible tambor de los espejos tensos con que la cigarra pone una nota de vida sonante al acallarse el bosque. Pero ¿qué nácares pueden embellecer un recinto donde hay una cigarra, amada de las Musas, cantando para las invisibles danzas de los elfos de la selva? La gloria de Catalina es de la buena gloria, de aquella que ahonda las raíces en el celeste fondo del alma y derrama en bienes toda la savia que allí absorbe.

El hada murió en su afán de poner un hechizo en el bosque. ¡Y lo alcanzó! Ese árbol suyo conserva aún porción de aquel encanto. ¡Pero las hadas no han muerto! ¡Se han cerrado los ojos de los hombres! La tarea de Catalina es propia para volver a abrir los ojos del alma mediante la renovación por el ensueño, que es fuente de sabiduría cuando ese ensueño no es la divagación.

En *Los Grillos de Pilar* es la exaltación de la soledad para obras de grandeza; para la oración o la meditación, que es conversación con los dioses. En la humildad del recinto de Pilar ha tejido el alma nácares suntuosos que hacen adorable esa humildad y todo, tierra y hongo, barranco y río, grillos y rosas se nos ofrecen atados por el hilo de púrpura tejido de pensamiento, que es la esencia de toda cosa. Como la sagrada fuente de Castalia fluye entre las colinas del Parnaso, que como el Olimpo, va dentro de nosotros, la inspiración puede brotar en todas partes y del fondo de todas las cosas. Y a poco de empezar a leer la narración sentí desenvolverse la funda azul del ensueño para recoger todo rayo de bello pensamiento de los que también van aprendiendo a soñar. Y la piedra con sus vetezuelas de oro..... ¡ay! que sólo con los golpes de la vida se pone a descubierto el oro del genio o de la virtud del alma.

De *Canducha* nada me place tanto como las junturas

inmateriales de sus ataúdes contruidos para encerrar un puñado de vida que se devuelve a la tierra. Pero es que aquí el autor lo dice todo y nos arrebató el encanto de trabajar con él.

Y el *Sapo* a manera de manantial ha regado de fecundidad la pampa. Pero ha sido un piar de golondrina el suyo, un dulce cantar trinado en la primavera de nuestras letras.

ROBERTO BRENES MESÉN

francia y la cultura española

Cultura española es la de España y es la de América, la de la América donde los españoles dejaron con su lengua y con su sangre, para siempre, su espíritu. Aunque las dos vivieran de espaldas la una a la otra, aunque evolucionaran en los sentidos más diversos, ambas serían igualmente españolas y la que más se apartase de nuestro presente y nuestro pasado sería la más española, porque sería la más original. No quiero decir, pues, que los pueblos americanos sean españoles porque haya en ellos mucho de lo español de España. Desgraciadamente esos pueblos no han tenido todavía fuerza suficiente de renovación y—españoles también en esto—llevan sobre sí un enorme peso de tradición muerta, de tradición que han dejado morir y que ya no es tradición.

Probablemente esto ha ocurrido por lo mismo que los americanos durante el siglo XIX han querido creer que la tradición española no era su tradición y que podrían ignorarla y destruirla en su seno yendo a buscar en otras partes los fundamentos de su civi-